

DELIRIO TAPATÍO

Felipe Garrido

Debo haber cabeceado, porque llegado a ese extremo así solía suceder: del otro lado de la línea la hermosa piel roja roncaba; yo oía los pezones doloridos, los ojos en blanco, el estertor satisfecho que la hacía babear. Oía las rachas enardecidas; el desierto la acosaba. De aquel lado su humedad, de aqueste la mía.

Ella gruñía gozosamente expuesta en un desorden de holandas y deshilados. Yo volvía a fajarme, y le escuchaba el camisón trepado más allá de la cintura. Tras la cabezada, sin soltar el teléfono, al abrir los ojos la vi; a dos jemes de mis narices, en la pared, al tiempo que emergía de esa provincia en penumbra que se dilataba tras el escritorio; como cada noche, puntual, lustrosa, discreta, la cucaracha descomunal.

La oficina era pequeña, apenas ajueada. No tenía cortinas, alfombra ni teléfono. Pero sí, entre los escritorios y las sillas de palo, un refrigerador deslumbrante, blanco laboratorio, llegado en lugar de un librero que a lo largo de medio año, cada mes, con oficio, seis copias y creciente ingenuidad pedimos al Área de Equipamiento y Bienes Muebles –o algún otro nombre semejante–.

Cuando vi que lo desembarcaban quise mandarlo de vuelta, pero Silvia intervino:

—No lo regrese, lo que llegue es bueno.

Ella sabía dónde estaba. Sin pestañear, firmó por un librero. Toni y Vale cerraron filas con ella. Vale porque es mujer, como Silvia, y las mujeres tienen los pies mejor puestos sobre la tierra. Toni porque los hombres gastan sus vidas soñando otras vidas pero, sobre todo, porque Silvia le gustaba. Los cuatro hacíamos libros en aquel despacho, en el segundo nivel del edificito de Azpeitia; creíamos que era posible echar a andar una gran casa editora fuera de la capital. La cucaracha, por cierto, no se apersonaba en esa oficina donde trabajábamos; lo hacía en la de enfrente, que ocupaba el resto del piso.

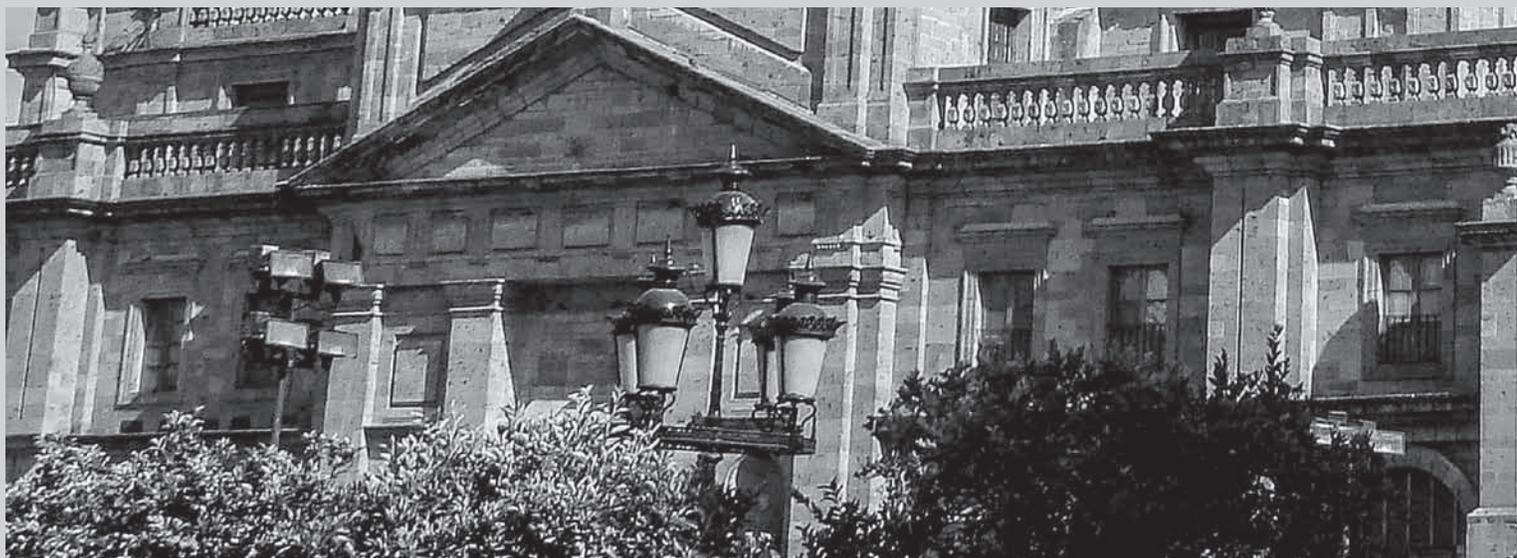
Allí concurrían nueve o diez personas –historiadores, algún mensajero, dos o tres secretarías–, más José María,

su jefe, con fama de severo pero muy mi amigo. Tan amplias como tres veces la mía, aquellas dependencias contaban con escritorios, archiveros, libreros y sillas de marcas prestigiadas; lámparas, cortinas, alfombras, sonido ambiental, computadoras, un televisor y dos líneas telefónicas. En aquel tiempo no había celulares; si alguno de nosotros necesitaba hablar, pedía permiso a los vecinos.

Vivíamos en permanente deuda de gratitud. Hasta que arribó el refrigerador y equilibró el estado de la cuestión. Yo prefería salir por una torta, pero mis compañeros y la gente de José María empezaron a usarlo para guardar su comida. Tomamos mutuamente confianza; hicimos más llamadas; hubo cervezas; intercambiamos llaves. Yo empecé a conferenciar por las noches: la bella piel roja vivía a mil kilómetros de allí. Era apasionada. La enfurecían las injusticias y la ablandaba que yo la acariciara con la voz. La cucaracha debutó. Barría el espacio con las antenas; las movía con extraordinaria cautela, sin prisas. Era evidente que le interesaba lo que nos oía decir. Con el tiempo descubrí que se presentaba sólo cuando, enamorados, habíamos llegado al cachondeo, al lenguaje lento y pegajoso.

—Quita las manos –murmuraba yo, por ejemplo–. Déjame verte, alza los brazos, deja que te bese, que te pruebe... En ese momento, la piel roja gañía, y la cucaracha hacía su aparición.

Debo haber cabeceado otra vez. Cuando recordé, la cucaracha empezaba a retirarse y un rumor de mitin venía de la calle. La linda piel roja roncaba. Colgué y salí. Azpeitia es ahora Escuela Militar de Aviación. Dos veces más palabras que cuerdas: de Justo Sierra a Hidalgo, de Hidalgo a Morelos; a una calle, rumbo a la Calzada, está Chapultepec, antes Lafayette. Con el nombre, Azpeitia perdió los árboles. Pero entonces los tenía, y aquella tibia noche de mayo las copas de los más altos se perdían en la niebla. ¿Serían las tres? Bajé por la Morelos y vi en la avenida un grupo de gente disimulado por la neblina; iban hacia la glorieta de los Niños Héroe. Parecían jóvenes en tránsito de un antro a otro. Iban disfrazados. Como gente de otros siglos. Cruzaban López Cotilla. Los faroles de la calle, de los edificios, de los automóviles brillaban rodeados por halos translúcidos.



Algo me acerqué y me llegó una voz con tono de letanía: *Vanum est vobis ante lucem surgere...* Pensé que se trataría más bien de una procesión. Una vocecita límpida tradujo a mi espalda: “No por mucho madrugar...” Una figurita enrebozada ocupaba una banca: se acomodó el rebozo con coquetería y me invitó con un gesto que me pareció familiar.

—*Nisi dominus* —dijo y alzó la cabeza, pero la tela le dejó la cara en sombras.

—¡El salmo! —insistió, algo exasperada, cuando vio que yo no entendía—. De ese salmo hay en Guadalajara dos inscripciones —me explicó—. “Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan quienes la levantan”, dice una, en Catedral; y la otra, en Palacio: “Si el Señor no cuida la ciudad, en vano la vigilan los custodios”. Hay una tercera; la que acabas de escuchar: “En vano te levantas antes de que brote la luz...” Pero ésa falta. Nadie ha encontrado esa leyenda, o nadie ha querido ponerla en ningún sitio. Según dice, Dios premia a sus elegidos aunque... —levantó la voz— no hagan nada por merecerlo, aunque ni siquiera se levanten, aunque se queden dormidos —para entonces estaba ya indignada.

—No importa qué hagamos, estamos en manos de Dios —dije, y me puse de pie porque comenzaba a tener sueño.

—No te vayas —suplicó mientras se incorporaba y alargaba el talle, inesperadamente hermoso—. Te voy a contar porqué andan penando —y los señaló con la barbilla—. Buscan dónde volver a fundar Guadalajara. Ya sabes —me dijo con voz de cómplice—, cuando esto comenzó fue fundada cuatro veces. Cuarenta o cincuenta vecinos, con sus mujeres y sus hijos, pasaban de un lado a otro de la barranca. Al norte estaban los caxcanes, que no eran gente amistosa; alguna vez asaron y se comieron a un encomendero. Al sur estaba Nuño de Guzmán, que

ambicionaba esas tierras y era un poco peor que los caxcanes. A final de cuentas se habría salido con la suya, se habría adueñado de esas tierras donde no quería una ciudad de españoles, porque su familia era poderosa y gozaba del favor de Carlos V. Pero se equivocó. Cometió un error. Pretendió que la Nueva Galicia fuera independiente de la Nueva España.

El grupo se había distanciado. Aquella muchacha no venía con ellos. ¿Qué hacía allí a esas horas? No pude verle los ojos. Jirones de niebla la hacían imprecisa y ella cuidaba que el rebozo la cubriera. Tuve la impresión de que me había seguido. Me molestó que la preocupara ese detalle más bien burocrático y no las atrocidades cometidas por Nuño de Guzmán.

—Cometió crímenes horribles. A sangre y fuego arrasó esas tierras. Asesinó al señor de los purépechas, que lo había recibido en paz, creyendo que podía arrebatarle tesoros que no existían —le dije, cada vez más vehemente; pensé que era una lástima que la piel roja justiciera no estuviera escuchándome. La joven alzó una mano pidiéndome silencio.

—Todo eso podía perdonársele —dijo con tranquilidad—. Era lo que se acostumbraba. Que buscara crear un reino independiente, no. Se le dejó venir el virrey en persona. Don Antonio de Mendoza lo arrestó, lo mandó a España, y se puso al frente de quinientos españoles y cincuenta mil mexicas para destruir su obra.

—Don Antonio quería someter a los caxcanes, que se habían alzado en armas y habían atacado Guadalajara —repliqué.

—Eso fue el pretexto. Don Antonio no sabía cuánto había avanzado el proyecto de un reino independiente. Tal vez,



alguien seguramente se lo dijo, Nuño de Guzmán había comenzado a entenderse con los caxcanes. Había que exterminarlos. Y lo hizo. Fue tan despiadado como el conquistador. Muchas mujeres y niños fueron tomados cautivos; los asesinaron a cañonazos, despedazados por los perros, degollados a sangre fría.

Un silencio atroz se desprendió de la noche. Estábamos solos. Me sentía incómodo. Vimos que el grupo había dado media vuelta y regresaba. Al llegar a Vallarta doblaron, hacia la Minerva.

—Sobrevivieron algunos de sus capitanes —dijo la chamaca— que demostraron ser leales al virrey. Los Oñate siguieron buscando. Uno de ellos, Cristóbal, descubrió en Zacatecas las minas de plata más ricas de la Nueva España. Otros se perdieron en los desiertos del norte. Buscaban Cibola, Quivira, las míticas ciudades de oro. Todos vivimos buscando algo.

—Yo ando en busca de mi ombligo —contesté, para aliviar la tensión, aunque en ese momento pudiera sonar absurdo. Ella guardó silencio. Pasó un automóvil con la Banda Cuatro Milpas a todo volumen. Seguí con mi historia.

—Nací en casa de mis padres. En un edificio, en la calle de Hospicio. Subían a la azotea para ver los espectáculos que se presentaban en la Plaza Progreso. Preferían ahorrarse ese gasto. Cuando se hizo la Plaza Tapatía demolieron el coliseo y demolieron el edificio. Quiero saber exactamente dónde estaba. Voy a formar un comité para que me ayude a encontrar el lugar preciso. Estoy seguro de que puedo contar con mi madre, los dos Emmanuel, Carlos Eduardo, Guillermo, Alfredo, Águeda, José María... conocen bien la historia de la ciudad. Y luego voy a pedirles a otros amigos, a Rafael, Felipe, Peggy, que me hagan una placa para ponerla en el piso, frente al Cabañas. Ya que la tenga, en una

noche como esta podremos hacer alguna ceremonia, proceder a colocarla. Si me dices dónde encontrarte te invito.

La muchacha soltó una carcajada que devolvió a la noche la tibieza, pero que no desbarató el hechizo.

—No te preocupes —me dijo mientras acomodaba el rebozo sobre su cabeza. Yo sabré dónde encontrarte.

El timbre del teléfono me despertó. Estaba de bruces sobre el escritorio. Por la ventana asomaba la primerísima claridad del día.

—Discúlpame —dijo, del otro lado de la línea, la querida piel roja, a mil kilómetros de mis brazos, soñolienta—. Me quedé dormida. ¿Estás ahí todavía?

Mientras más lo he pensado, más me he convencido de que el rebozo de aquella noche ocultaba un par de inquisitivas, inquietas, prudentes antenas. ☒

Felipe Garrido (Guadalajara, 1942). Escritor mexicano, maestro en el Centro de Enseñanza para Extranjeros de la UNAM. Creador emérito del Sistema Nacional de Creadores de Arte, autor de más de setenta libros. Ha dictado conferencias y cursos en México, España, Costa Rica, Colombia, Brasil, Uruguay, Cuba, Panamá, Estados Unidos y Canadá. Ha sido gerente de producción en el Fondo de Cultura Económica, director de Literatura en el INBA y en la UNAM, director del programa Rincones de Lectura en la SEP y de Publicaciones en el Conaculta. Actualmente es director adjunto de la Academia Mexicana de la Lengua y presidente de la Sociedad Alfonsina Internacional. Ha recibido, entre otros, el Premio de Traducción Literaria Alfonso X, el Premio Xavier Villaurrutia de Escritores para Escritores, la Medalla al Mérito de la Universidad Veracruzana, el Premio Jalisco, el Reconocimiento al Mérito Editorial de la Universidad Autónoma de Nuevo León, y el Premio Nacional de Ciencias y Artes. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.